

PELIGRO

Peligro.

Ana no sabía decir de donde venía aquella sensación tan incómoda, pero no podía dejar de pensar en ello. Llevaba un cuarto de hora en aquel vagón de metro y no podía hacer que parara.

Había sacado del bolso una novela corta que le habían dado aquella tarde en clase de inglés. Trató de distraerse entre los verbos modales y las oraciones pasivas del enrevesado idioma de Shakespeare, pero le fue imposible. Algo le picaba, y no podía rascarse. Peligro.

La chica, exasperada, cerró el libro de un golpe que asustó a varios pasajeros. Lanzó una mirada alrededor mientras se recostaba en el asiento cubierto de un finísimo acolchado rojo. Suspiró. No había gente rara en el vagón...bueno, no demasiado rara. En fin, había una familia con una tropa de niños muy ruidosa justo detrás de donde estaba ella. Tal vez fueran tres o cuatro, gritando como salvajes, desde luego, y la madre tan contenta.

Y luego estaba el chaval de enfrente, tan concentrado en su móvil, o blackberry o como quiera que se llamara el teléfono guay de la muerte de aquella semana. Seguramente metido en Twitter, o en Facebook, mostrando su magnífica prosa relamida y su original modo de pensar a cerca de doscientos amigos relamidos con un modo de pensar igual de original.

Peligro.

Ana se movió con algo de violencia, haciendo un ademán de defenderse. El desconocido que estaba sentado al lado, un ancianito de rostro arrugado, dio un respingo. Sólo dejó de mirarla cuando ella bajó los brazos, al cabo de unos segundos.

Esta vez la sensación había sido mucho más fuerte. Había notado que algo quería atacarla. Había alguien en ese vagón que quería hacer daño a Ana. Los ojos de la chica se movieron raudos en todas direcciones, sin parar, buscando la causa de aquella sensación.

Tal vez aquel tipo gordo con barba desigual y con aspecto de no haber visto en su vida una mujer sin una pantalla de ordenador de por medio. La miraba con todo el descaro del mundo. Igual no era un

pobre friki solitario y era un pobre friki solitario y psicópata, que quería raptarla y hacerle Dios sabe que...

O tal vez el tío serio con traje y corbata y con pinta de guiri. Seguro que era extranjero. Un evangelista o un testigo de Jehová de esos que sólo saben dar la barrila. Pues iba jodido, por muy amable que fuese, como quisiera incomodarla para meterla en un rollo mormón de esos.

O quizá ése grupo de pijos que se apoyaban en la pared para poder poner pose casual. Eran media docena y tenían ganas de marcha, por el tono de sus voces. Y por como hablaban fijo que más de uno iba colocado. Igual la seguían, le daban el palo y ya que estaban, un buen repaso. Cosas más raras habían salido en las noticias.

Y entonces, un destello, el susurro de un brillo. Algo se había movido. Demasiado rápido y en los límites de la vista de Ana.

Peligro.

¿Qué coño era eso? ¿Le habría sentado mal la cerveza?

No es que con diecisiete, aún obligada a depender de un mayor de edad para conseguir alcohol, Ana fuera una cosaca. Se había tomado cinco birras, puede que seis, siete, y un chupito de tequila, dos, para hacer honor a la verdad ¿Le estaba dando un bajón?

Al pensar en ello sintió que su estómago quería expresar su versión de los hechos y que se preparaba para hacer una entrada espectacular con testigo sorpresa. La chica ahogó un fuerte eructo que la hizo estremecer y volvió a asustar al viejecito de al lado. Tragó. Era la primera embestida, pero no sería la última. Tenía que salir de allí o dejar un recuerdo especial en el metro, lo que podía suponer una buena bronca, una buena multa o un mal rato.

El vagón comenzó a aminorar y salió al exterior, bajo un cielo gris que prometía lluvia. Tras las vallas oxidadas que flanqueaban la vía, se podían ver las farolas brillando con un horrible tono anaranjado que un daltónico pensó que quedaba bien en el alumbrado público. Los árboles, encerrados en claustrofóbicos cuadriláteros de piedra, flanqueaban un paseo casi desierto típico de un jueves a las once menos diez de la noche.

Y entonces comenzó el lento y agonizante proceso de frenado, acompañado por una banda sonora chirriante que consiguió sacar una mueca a Ana, que hacía todos los esfuerzos por no exhibir sus últimas cuatro comidas.

Cuando el tren se detuvo, dando una última sacudida que amenazó con poner fin a la lucha entre su cerebro y sus tripas, Ana se abalanzó sobre el botón de las puertas automáticas y salió dando tumbos a la estación. No era su parada, pero daba igual. Cualquier cosa con tal de salir de aquel vagón de aire viciado y gente viciosa.

El aire fresco le golpeó en la cara y lanzó por todos lados sus bucles color caoba, el viento a punto estuvo de lanzar su gorro rosa de la suerte hasta un futuro breve y dramático en las vías de acero.

El cambio de temperatura atacó. Ana notó su interior abriendo esclusas. Tenía que encontrar un baño. Y pronto.

Peligro.

Un escalofrío le azotó la espalda como un látigo. Puede que algo se hubiera movido dentro de las confusas sombras de la estación. Muy

distorsionadas por el efecto de la borrachera. O no...o sí...o no...pero, ¿Y si sí?

Azuzada como estaba por la urgencia de arrastrarse como un despojo en busca de un lugar donde pagar por su abuso del alcohol, Ana logró convencerse de que era un gato, una rata o una paloma.

Echó a andar temblando, evitando pensar en nada y asiendo, casi arrastrando, su bolso. No se había fijado en si alguien había bajado del vagón tras ella. Tal vez el friki psicópata, o la banda de pijos violadores, o el mormón...

No se dio cuenta de que estaba encaminándose a pasos de zombi hacia el parque hasta que ya estuvo dentro. Miró distraída a su alrededor, comprobando que, efectivamente, los árboles eran más grandes y la acera se había transformado en un liso camino para delicia de bicicletas, perros, patines y demás complementos de paseo.

Y entonces, perdió el último lance.

Sólo pudo apartarse el pelo de la cara antes de que sus defensas interiores se vinieran abajo. Separó las piernas tanto como pudo y se apoyó en algo. Tal vez un árbol, tal vez una farola, tal vez una papelería o tal vez una estatua decapitada. En los parques nunca se podía estar seguro.

Lanzó un reguero de vómito a la hierba inocente. La fragancia a alcohol y bilis era tan potente como conocida. Pero eso no impidió que le lagrimearan los ojos y se le arrugara la nariz. Asqueroso. Como aquella otra vez en el baño de aquel bar, o aquella otra vez en la puta calle, o aquella otra vez en la baño de aquel otro bar, o aquella otra vez en la puta calle, o aquella otra vez en el baño de aquel otro bar, o aquella otra vez en la puta calle...

Así divagaba mientras echaba el contenido de su estómago a la noche. Ajena a que aquello que su mente había intentado avisarle estaba a punto de ocurrir.

Peligro.

Se dio la vuelta en un movimiento demasiado rápido que casi la hizo caer. Tenía el vello de la nuca erizado.

Pero en el camino no había nada. Sólo sombras de árboles y luminiscentes fantasmas de color ámbar producidos por las farolas.

Algo más despejada, la chica se irguió y puso rumbo firme a casa. Papá probablemente estaría despierto, esperando a que su única hija, su chiquitina, volviera en zigzag y prometiera no volver a beber. Al menos entre semana. Maldita la hora en que le habían invitado a jugar un billar después de la puñetera academia de inglés. Era eso o reventar el ordenador descargando películas y temporadas enteras de series. Iban a ser diez minutos. Pero claro, luego había que jugar la revancha, y luego para colmo había empezado a chispear y habría sido una tontería salir. Mejor esperar que parase. Y hombre, mientras, para no estar de gorra, había que pedir más rondas. Total, que Ana tenía muy claro que al día siguiente no iría a clase.

Sólo de imaginar la tibieza de las sábanas y el calor de las mantas sobre su cuerpo, deseaba estar ya en casa. No había cogido mucho abrigo. La fina chaqueta no conseguía mantener a raya el

inmisericorde aire nocturno. No se le había ocurrido pensar que en el bolso tenía una bufanda. Tenía una bufanda. Idiota.

Paró un momento para poder rebuscar con tanta comodidad como fuera posible, pero justo cuando sus dedos se cerraban en torno a la mullida lana morada, algo pasó por detrás.

Peligro.

Esta vez, el sentimiento de terror fue mucho más potente. Y acompañó a otro tremendo escalofrío. Poniendo la carne de gallina a la chica. Que lanzó un gemido ahogado y, sin mirar atrás siquiera, echó a correr.

Quizá fuera instinto, o seguramente fuera una tontería. Pero Ana quería poner toda la distancia posible entre ella y aquel miedo fantasmal. Corrió y corrió, con el alcohol embotando sus sentidos y haciéndole resonar el corazón en los oídos de forma ensordecedora. Todo perdía el sentido. La luz era difusa. El camino, los árboles y los bancos del parque, manchas borrosas. Sólo existía el peligro. Y había que escapar.

Con el bolso golpeando su costado con insistencia. Con los tiesos pantalones vaqueros sin poder dar más de sí al flexionarse. Con el gorro a punto de caer de su cabeza y salir volando. Con lágrimas en las mejillas por el frío y la velocidad. Ana siguió corriendo. Sabía que algo quería atacarla. Sentía aún la amenaza detrás de ella. Notaba como algo la acechaba. Algo muy peligroso estaba jugando con ella. Alguien la había seguido desde el metro hasta el parque. Había estado cerca mientras ella vomitaba.

Todo esto bailaba por la cabeza de Ana mientras corría, bamboleándose como un pato mareado, incapaz de seguir una línea recta. Notaba que se le iba la cabeza, que no podía aguantar más...

Y entonces, tropezó. Con una lata, una rama, una piedra o en llano, nunca lo supo. Pero el traspie la hizo caer como un revoltijo arrugado de ropa. Y durante un instante, estuvo ciega.

Sintió un dolor punzante en las manos, mientras ponía los brazos en almohada con torpeza para protegerse la cabeza. El liso camino tenía piedrecillas sueltas que dolían una barbaridad. Las rodillas sonaron como un trueno. O al menos eso le pareció a Ana. El dolor sordo e intenso de los huesos magullados la sacudió.

Hecha un mar de lágrimas y haciendo considerables esfuerzos para no volver a vomitar, sintió que su corazón se detenía. Por todas partes veía lucecitas de colores.

Peligro.

Ana se retorció como un gusano. Asiéndolo con la mano izquierda el gorro, que se le había caído. Su mar de rizados caía sobre su cara. Y le tapaba la visión. Pero notó que algo se acercaba.

Alzó el rostro, dispuesta a defenderse, desafiante. Estaba segura de que borracha y en el suelo no era ninguna amenaza para nadie, pero se defendería como una gata...aunque fuera eso lo que quisieran los cerdos que la perseguían.

Pero no había nadie. El camino estaba vacío, salvo por algunas hojas caídas. Todo el movimiento que Ana pudo notar eran bichos aglutinándose en la luz de las farolas.

Trabajosamente, se puso en pie con un gruñido que se extendió desde el comienzo hasta el final de la maniobra. Cualquiera que la oyera podría pensar que tenía noventa años.

Se tuvo en pie unos segundos, extendiendo los brazos. El derecho estaba desequilibrado porque aún no se le había ocurrido soltar el bolso. Cada vez que miraba abajo sentía náuseas. Dudaba que le quedara algo que echar, pero mejor no tentar a la suerte.

Peligro.

Lo que fuera que tenía detrás no había renunciado a ella, ahora era más obvio que nunca que la perseguía. Escuchaba los crujidos de las ramas y las hojas secas a su alrededor. Lo tenía encima, lo que quiera que fuera. Y ella sólo podía escapar, sin ninguna dirección y sin ninguna idea salvo poner tierra por medio entre ella y la amenaza.

Ana se plantó, y sintió que, en algún lugar cercano, algo también paraba. Intentaba ser sigiloso, o simplemente disfrutaba con aquello. El peso de aquella carrera azotó a la joven de golpe, como pasándole factura por todo lo que había corrido sin detenerse. El dolor en las piernas fue atroz, y la respiración se convirtió en un agónico jadeo. Lo sentía. Sentía de alguna manera, con algún extraño sexto sentido, que la fuente de su temor estaba cerca. Muy cerca, a unos pocos pasos.

No había nadie.

El sonido de pasos crujientes volvió.

Peligro.

Ana no podía correr. Simplemente estaba en su límite.

Y, sin saber por qué, miró al cielo.

Casualidad, destino, la voluntad de Dios, de Lucifer, de Zeus o de Odín. Pero miró. Y allí vio a la luna, entre las abotargadas nubes del cielo envenenado. Brillaba con fuerza, con un fuego blanco que la chica jamás recordaba haber visto. Con un no se qué...

Todo se ralentizó.

Los pasos se volvieron ensordecedores, mucho más fuertes. Casi se podían contar las ramas que crujían bajo ellos. Y venían de la... derecha. Parpadeó ¿Cómo lo había sabido? Hacía sólo un momento estaba más perdida que un pulpo en un garaje. Y, como por arte de magia, todo se había vuelto preclaro. Oía caminar, pero no oía respirar.

Respirar ¿Qué era eso? Ana tomó aire con fuerza y notó su cabeza despejada. Su pulso estaba acelerado. Estaba cardíaca. Le iba a dar algo. En sus sienes, sonaban tambores dignos de Jumanji. Y, de pronto, el olor.

Un hedor dulzón y amargo a la vez le subió por las fosas nasales y le llegó hasta el alma. Venía de la dirección en la que sonaban los pasos. De la dirección del peligro. Una peste a muerte, a putrefacción, a sexo y a perfume. Todo a la vez. Probablemente, era una suerte que ya hubiera vomitado.

Irritada por aquella fragancia, que, con sólo un segundo en su cabeza, la estaba volviendo loca, se giró.

¡Allí estaba! Se movía como a cámara lenta. Una figura negra, a la sombra de los árboles.

Que echó a correr. La rodeó y se puso tras ella.

Ana se giró para seguir al portador de aquel aroma con la mirada. No le resultaba difícil. Se movía a velocidad normal. Corría justo fuera de su alcance visual. Pero era evidente que estaba allí. Hacía un ruido de mil demonios ¿Por qué antes no lo había notado? Era raro. Muy, muy, muy raro.

Como dándose cuenta de que la chica podía verla, la sombra se detuvo. Se quedó quieta.

Y se adelantó.

A la horrible luz cálida de las farolas, que ahora iluminaban mucho más, a ojos de Ana, apareció una persona de aspecto extraño. Vestía un abrigo negro y llevaba las manos enguantadas del mismo color. Calzaba unas botas militares con las que, por extraño que fuera, la había seguido en silencio hasta hacía bien poco. Tenía la piel muy blanca, e irradiaba aquella maldita miasma que enervaba los sentidos de la joven. Oía...bien, era algo atractivo, una especie de efecto Axe cutre. Pero también apestaba, a cadáver putrefacto y carcomido.

Unos ojos grandes, entrecerrados, de una suerte de azul brillaban en un rostro que parecía pulido. Coronado con un pelo peinado a la perfección para parecer despeinado.

- ¿Puedes verme? -

Dos palabras. Dos malditas palabras. De nuevo, a Ana se le erizó el vello de todo el cuerpo. Había en ellas un encanto especial. Estaban dichas para hechizar, para encandilar. Pero a ella le perforaron los tímpanos y le llegaron al cerebro una por cada lado como dos puñales. No pudo contestar. Pero sí se agarró por instinto los brazos, que no sabía muy bien cuando, había cruzado. Se clavó las uñas. Sintió milímetro a milímetro cómo se le abría la piel. Cómo manaba la sangre. El olor metálico recorrió cada fibra de su misma existencia. Sangre. Sangre. Sangre.

Temblaba. De nuevo, su pulso se aceleraba. Sintió algo sobre ella y volvió a mirar a la luna llena que observaba indiferente aquella noche, como un ojo abierto. Cayó de rodillas. Sintió la grava del camino en sus rodillas a través del pantalón roto. Sintió el roce en su...¿Piel? ¿No se había caído? ¡Debería tener las rodillas en carne viva! ¡Debería estar sangrando! ¿Sangrando? Sangre. Sangre. Sangre.

- ¿Qué...? - empezó a preguntar el desconocido en voz baja

Pero se calló de inmediato. Ana le devolvía la mirada.

El hombre gruñó, mostrando unos colmillos largos y curvados, como los de un vampiro...

Borracha. Piripi. Alcohólica. Beoda. Trompa. Llevaba una castaña de aquí te espero. Un vampiro. Ya ves tú...Quiso reír de su propia estupidez.

Pero entonces, aquel tío se dio la vuelta y echó a correr. Pero no lo hacía en silencio. No lo hacía demasiado rápido. Ni siquiera parecía saber algo de atletismo. Simplemente...escapaba. Sus botas hacían mucho ruido, su abrigo ondeaba al viento de su carrera y le estorbaba. Su pelo se revolvía.

Hubo algo de perfecto placer en aquello. Aquel individuo, quien quiera que fuese, la había estado acosando. La había acechado. Asustado. Sin duda habría intentado hacerle daño.

Aquella certeza atravesó su estado alterado de conciencia. Sintió un calor, un hormigueo, una corriente eléctrica.

- ¡Espera! - gritó

Pero de su boca no salió eso. Sólo escuchó un gruñido, grave y amenazador.

El supuesto acosador apretó el paso ¿Cómo era posible que antes hubiera parecido sigiloso? Pisaba muy fuerte, aunque respiraba con suavidad. Casi parecía no respirar...

Ana echó a correr tras él.

El gorro rosa de la suerte salió volando de su cabeza antes de que pudiera hacer nada. El bolso cayó de su hombro. Los vaqueros crujieron, hicieron ruidos amenazadores, se rasgaron. Aquello era demencial ¡Habían soportado una carrera al doble de velocidad hacía sólo un momento! Y ahora parecían estar deshaciéndose.

También ocurrió, increíble pero cierto, con su chaqueta. Las mangas se abrieron, y una oleada de frío congelador en la espalda indicó que también estaba destrozada.

Ya no se veía al desconocido, pero su hedor seguía en el aire. Impregnaba las hierbas y los árboles que había tocado. Era tan sencillo seguir aquel rastro que parecía que Ana fuera un perro de caza, o un lobo...

Sin saber exactamente lo que hacía, una chica de diecisiete, que solía considerarse una persona normal, mentalmente estable y sin demasiadas manías raras, se encontró con la nariz pegada a las briznas verdes del parque. Brillaban a sus ojos como si fuera pleno día, se agitaban con la brisa dolorosamente despacio. Y el olor seguía acuchillando su sentido del olfato, era algo odioso. Algo que había que destruir. Aquel olor *debía* morir.

Apretó el paso y se vio lanzada hacia delante por un peso que no recordaba haber ganado. Sentía los hombros pesados, como si llevara una mochila. Se revolvió para sacudirse los jirones de la chaqueta, el pantalón o lo que quiera que estuviera molestándola. Y se vio lanzada hacia delante.

Apoyó las manos en la blanda tierra y se impulsó con ellas. Estaban a una distancia perfecta para correr a cuatro patas con las piernas alineadas. Aquello era definitivamente absurdo. Pero también había algún siniestro rincón en su alma que sentía una gran satisfacción. Que le decía que había nacido para ello. Que aquel era su lugar.

Levantó barro cuando dio el primer paso, y le pareció que ganaba mucha velocidad. Siguió así, corriendo como si fuera un animal, con la cabeza nublada y centrada únicamente en seguir aquel nauseabundo aroma.

Se fijó en sus dedos. No eran los suyos. Se llevó tal impresión que paró en seco y alzó su brazo derecho para vérselos mejor. Tenía la mano cambiada. Cubierta de pelo, de un pelo largo, salvaje y castaño que la horrorizó. Y terminaba en unas garras curvas que parecían

afiladas. Desde luego, Ana no recordaba habérselas dejado así la última vez.

Tuvo un solo instante de lucidez para preguntarse angustiada qué coño le estaba pasando, porque, al dirigir la mirada hacia arriba, volvió a encontrarse con la luna, momentáneamente, justo antes de que una negra marea de nubes la cubrieran como un oleaje cubre una roca. Bastó. Todo volvió a emborronarse y, a la vez, a hacerse más claro. Sangre. Sangre. Sangre.

Cuando saltó en dirección al rastro que había estado siguiendo, sintió un dolor horrible y escuchó un crujido demoledor. Cayó al suelo y rodó por él, llenándose de tierra mientras un torrente de fuego le abrasaba las venas y amenazaba con hacer estallar su cabeza. Ana gritó de dolor, pero todo lo que salió de sus labios fueron ruidos guturales y gañidos que había escuchado en sus perros cuando sin querer los pisaba. De nuevo llegaron a sus oídos tambores profundos, ancestrales, que no eran sino su cuerpo, fuera de control. Fuera lo que fuera lo que estaba inundando su conciencia, derribó las últimas murallas de su ser. En un solo segundo de dolor atroz, todo terminó.

Ahora el mundo era negro, sombras iluminadas tenuemente por la luz blanca que la atormentaba y despertaba en ella una violencia que no era suya. Al tomar aire, todo cobró una nitidez extraordinaria. Podía contar las gotas de rocío en las hojas, los surcos en la corteza. Casi podía ver el olor de la presa que cazaba por motivos que no comprendía. Como si hubiera dejado una estela brillante por donde había pasado...

Cuando pensó en ello, sin darse cuenta, salió disparada. Corría a cuatro patas, jadeando. No iba tan rápido como antes, o, al menos, no se lo parecía. Y sin embargo, todo pasaba junto a ella como si estuviera conduciendo a toda pastilla. Cada vez que inspiraba, sus sentidos dibujaban un mapa perfecto de donde estaba. Evitaba obstáculos apenas antes de chocar contra ellos. Pasaba entre los árboles, que sólo eran borrones oscuros para ella, y sólo se daba cuenta de lo que eran cuando los dejaba atrás.

Y entonces lo vio. Aquel tío que olía tan raro seguía corriendo, pero ahora parecía hacerlo a sin ganas, despacio. Había vuelto al camino de paseo. Seguramente para despistarla, pensó la parte de la mente de Ana que la chica no reconocía, la que disfrutaba con aquello.

- ¡Espera! - repitió, segura como estaba de que él podía oírla

El chico se giró sin detenerse y abrió mucho los ojos. En su boca asomaron de nuevo aquellos largos colmillos como de vampiro. El olor era demasiado. Y venía de él. Aquella peste que había que apagar venía de él.

Ana se vio en el aire, sin suelo debajo, lanzando hacia delante unas extremidades, peludas, desnudas y terminadas en aquellas zarpas terroríficas. Se abalanzaba sobre el presunto vampiro pestilente, sobre la fuente de aquella odiosa fragancia.

Los mantos celestes volvieron a destapar la luna, que contempló resplandeciente desde el cielo el final de la cacería.

